

Calla. Es un hombre gris. La cabeza, inclinada hacia delante, parece pesarle demasiado. Los ojos bucean en un cubalibre. Suda. Una mano escarba en el bolsillo de la camisa. Encuentra un paquete de tabaco. Enciende otro cigarrillo. Los dedos amarillos. La mirada azul, algo desvaída. El humo sale de sus pulmones y se mezcla con el aire del pub, ya muy cargado por otros muchos cigarrillos. Cerveza irlandesa. Música pop. Mujeres jóvenes medio borrachas. Hombres jóvenes que intentan evitar otro fracaso. Luz escasa y caliente.

–Pasé una mañana muy desagradable. A mi los berrinches me duraban más que a ella, no podía olvidarlos tan fácilmente. En esas fechas navideñas la gente escribe demasiado, escriben a toda prisa, todas juntas, las cartas que podrían escribir tranquilamente durante el año, supongo que así tendrá que ser. Últimamente ya no tengo ganas de criticar a nadie. Si eso es lo que la gente hace, será lo más lógico o lo más prudente. Pero esa mañana la oficina era un hormiguero. Yo no paraba de sellar. Cartas, tarjetas de felicitación, obsequios de empresa. Era horrible. Aproveché la pausa del café para llamarla al móvil. La llamé tres o cuatro veces en veinte minutos. El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Me pareció muy raro, porque nunca se dejaba el móvil en casa y siempre me lo cogía, aunque estuviera reunida o con un cliente. Siempre me lo cogía. Pero ese día, precisamente el día en que le había dicho aquellas cosas horribles, no podía hablar con ella. Cada vez estaba más intranquilo, así que tuve que pedir permiso al jefe para levantarme varias veces. Como seguía sin contestarme decidí llamarla a la oficina. Bueno eso ya lo sabes. Sara fue a la oficina a primera hora, salió para visitar a unos clientes y ya no volvió.

Suspira.

–Lo que nunca he contado a nadie es lo que ocurrió después. Comí sólo y me eché en la cama a leer. Antes lo hacía a menudo. Me gustaba leer en la cama. A veces me dormía, pero ese día estaba demasiado inquieto para adormilarme siquiera. Leí quince o veinte minutos antes de oír la puerta de la calle. Experimenté una gran alegría al

escuchar el ruido de la llave al entrar en la cerradura y el de la puerta al cerrarse. Necesitaba reconciliarme con ella. Por algún motivo sentía que habíamos llegado demasiado lejos y que teníamos que solucionarlo, si no queríamos que nuestra relación se enturbiase para siempre. Escuché sus pasos al subir la escalera que llevaba a nuestro cuarto. Estaba ansioso por abrazarla, pero preferí esperar en silencio a que me encontrase, con la esperanza de que se metiera en la cama conmigo para sellar un armisticio silencioso, una vez más, como habíamos hecho tantas veces. La puerta estaba entornada y la oí entrar en la habitación, pero se detuvo junto a la cabecera, sin deslizarse en la cama como yo había deseado. Esperé en silencio para descubrir por su tono de voz si ya se le había pasado el disgusto. A veces las broncas también le dejaban huella y tenía que pasar algún tiempo antes de que me perdonase. Esa posibilidad explicaría que no me hubiese cogido el teléfono en toda la mañana. Esperé a que hablase o a que hiciese algo, pero no ocurrió nada. Tampoco se movía. Los pasos que había oído acercarse clara y nítidamente hasta mi cama, no sonaban al alejarse. Entonces levanté la mirada del libro, dispuesto a ofrecerle mi mejor sonrisa, pero allí no vi a nadie. Se me erizó el cabello de todo el cuerpo. Aquí es difícil hacerse a la idea de lo que yo sentí, con tanta gente alrededor, con tantas chicas riendo y sudando al alcance de tu mano. Pero en ese momento, comprobando que estaba completamente sólo en una habitación en la que acababa de oír llegar a otra persona, me sentí aterrorizado. Sentí como si el mundo estuviese del revés, a punto de desplomarse sobre mi cabeza. Entonces pasó algo extraño. Súbitamente recordé con mucha claridad algo que había ocurrido mucho tiempo atrás. Aunque parecía completamente olvidado, seguía escondido en algún lugar de mi cabeza, acechándome, esperando el momento de volver. Nunca había recordado aquel episodio, aparentemente banal, después del momento en que había ocurrido. Sólo volvió a mi mente en el instante en que descubrí que estaba sólo en aquella habitación en la que había oído entrar a Sara. ¿Te acuerdas que fuimos de vacaciones a Cuba cuando empezamos a salir juntos? Fue una especie de viaje de

novios, pero no para dar por finalizado el noviazgo, como se hace habitualmente, si no para celebrar su comienzo de forma digamos oficial. Era el mes de enero. Salimos de Barajas bajo una nevada terrible y allí estábamos casi a treinta grados. Pero los cubanos no paraban de referirse al invierno. Ahora en invierno las playas están medio vacías, ahora en invierno no hay tantas flores. Todavía tengo gravada la imagen de un paseo por la Habana vieja. Íbamos por una de esas calles estrechas con fuerte olor a orines, destartalada hasta la desesperación, cuando vimos salir de un portal a una mulata muy joven, casi desnuda. Sólo llevaba puesto un pantalón corto y una camiseta de tirantes que no le cubría ni el ombligo. Salió frotándose los brazos desnudos con las manos y quejándose del frío del invierno, pero no tenía ni que molestarse siquiera en ponerse una rebeca por los hombros. Bueno, te digo esto para que entiendas. Quiero decir que todo aquello era algo muy irreal para nosotros, que veníamos de nuestro día a día y que estábamos enamorados. Recuerdo aquellas dos semanas como si no las hubiese vivido, como si sólo formasen parte de un sueño o de una película en tres dimensiones. Pero en el momento en el que me descubrí sólo en una habitación a la que había oído llegar caminando a otra persona, recordé a una mujer totalmente vestida de blanco. Fue durante una fiesta en los jardines del hotel Nacional. Habíamos pasado el día en la playa y por la noche bajamos a beber algo en el patio central, entre los soportales. Es un hotel muy bonito, creo que es de estilo colonial. Antes de la revolución era el hotel de los mafiosos. La entrada tiene un paseo con palmeras muy altas. Allí sigue parando mucha de la gente importante que va a Cuba. Yo estaba bastante borracho, los dos lo estábamos, y me entretenía en mirar al personal. Sara quería bailar, pero yo tenía miedo de ponerme a vomitar si lo intentaba. Entonces me llamó la atención una mujer totalmente vestida de blanco, que parecía ajena a aquel ambiente. Luego vimos que estaba con un hombre también vestido de blanco, empujando un cochecito blanco en el que transportaba a un crío de dos años, también completamente vestido de blanco. Los tres eran negros. Ella llevaba una sombrilla. ¿Adivinas de que

color? Estaban ligeramente apartados del tumulto. Luego alguien nos explicó que los ofrecidos para purificarse no pueden ser tocados por nadie. Nunca entran al ascensor del hotel con otras personas por miedo a un roce. Bromeando, no se por qué se me ocurrió semejante tontería, pero no sabes lo que me arrepiento de haberlo hecho, le dije a Sara que fuera a bailar con el negro vestido de blanco. Ella no me respondió, pero fue inmediatamente hacia ellos. Yo la observaba boquiabierto. Siempre fue sociable, pero aquella actitud temeraria no era normal en ella. Yo lo achaqué al alcohol, pero quizá algo la predisponía interiormente hacia el encuentro. Se acercó al hombre y comenzó a hablar, pero enseguida se apartó con la mujer y las dos estuvieron conversando, casi debería decir cuchicheando. Sara parecía muy interesada en la conversación y aunque participaba, la mujer de blanco hablaba mucho más que ella. Cuando volvió le pregunté que había pasado y me contestó que sólo habían estado hablando. A ella le gustaba contarme sus conversaciones, a veces de forma excesivamente detallada para mi gusto, pero en aquella ocasión no estaba muy locuaz. Sólo conseguí arrancarle que el vestuario blanco estaba relacionado con la santería, la religión yoruba.

—Perdona que te interrumpa pero hay un par de pajaritas que no dejan de mirarnos. Me parece que tienen más ganas de guerra que Napoleón.

El hombre gris levanta la vista para mirar a su altísimo compañero. Se seca el sudor de la frente con la mano. Su expresión denota desánimo.

—No me estás escuchando.

—Si te escucho, Toño. Pero no haces más que desvariar. ¿Que coño tiene que ver la santería con Sara?

—No entiendes nada, ¿verdad? A lo mejor aquella broma que hacíamos de chavales tenía más sentido del que nos imaginábamos, aquello de llamarte Ignecio en vez de Ignacio, ¿Te acuerdas?

—Claro, Tontoño. ¿Cómo no voy a acordarme? Lo que digo es que no se a donde quieres ir a parar.

El hombre gris se termina el cubalibre y hace un gesto hacia el camarero para que sirva otra ronda. Ignecio

señala a las mujeres guerreras con un gesto. Toño asiente, pero se limita a suspirar, observando ansiosamente como el camarero termina de servir las copas. Enciende otro cigarrillo, ignorando a las mujeres, ignorándolo todo excepto a su amigo.

–Tu sabes que todos los hombres descendemos de un antepasado común. ¿Verdad? Descendemos del homo sapiens que colonizó el mundo en migraciones que avanzaron hace miles, o millones, o los años que sean, pero que salieron de África y cruzaron la tierra entera, andando. Abandonaron un clima favorable y una tierra fértil para poblar los lugares más inhóspitos. ¿Sabes por qué?

La mano del amigo se aparta, describiendo un corto vuelo, una leve reverencia horizontal, que sirve para dar la venia. Su mirada irónica denota cierta intranquilidad. Su gesto es el de un hombre preocupado, quizá asustado, por el aspecto del que tiene frente a él, que delata una vehemencia extraña en sus ojos inflamados por el alcohol o el desvarío.

–El homo sapiens no dejó su hogar para conquistar nuevos horizontes. No escapó de un territorio baldío, o agotado, en el que ya no podía alimentar a su familia. Escapó huyendo del Demonio. Si, del Demonio. No pongas esa cara. Creían que alejándose de aquella tierra podrían confundirlo, creían que quizás los dejaría en paz, por eso olvidaron los ritos ancestrales que servían para neutralizar su poder. La santería y la religión yoruba vienen de África y están llenos de rituales para alejar al Demonio, allí nunca se olvidaron de él. Sigue muy presente en un mundo secreto que los occidentales preferimos ignorar, pero en Cuba, que es un país ateo, con un estado antirreligioso, esos ritos son tan recientes como el propio país y no se los toman a broma. Tú no sabes lo serios que se ponen en Cuba para hablar de eso. Aquella noche Sara debió entrar en contacto con algo en el jardín del Nacional.

–Estás de coña?

–Mírame, Ignacio. ¿Tengo aspecto de estar de coña?

–Está muerta, Toño. No le des más vueltas.

–¿Estuviste en su entierro?

–No, pero tampoco estuve en el de Elvis Presley y no

tengo ninguna duda de que está muerto.

–¿Y por qué no apareció el cadáver?

–Porque había olas de seis metros en la costa. Recuerdo el temporal. Soplaban como nunca. Aquel día hacía un tiempo de mil Demonios. No pudieron sacar el coche del agua hasta tres días después, cuando se calmó el mar. Había saltado por un acantilado de veinte metros. No apareció el cuerpo porque se lo llevó la corriente, porque se lo comieron los peces o porque sigue aprisionado en una roca. Da igual lo que haya pasado, pero Sara está muerta, Toño.

Los ojos azules se cierran. Las manos estiran los cabellos sucios hacia la nuca. Suena una canción triste. Parece algo inaudito en ese bar, pero sólo se trata de un aviso. Cada noche suena la misma canción para anunciar la inminencia del cierre. El amigo resopla. Pasa un brazo sobre el hombro de su compañero gris. Busca a las chicas guerreras, pero ya no están. Acaban de irse con la zamarra de cuero de un cliente despistado. El desdichado cliente rebusca con sus amigos entre los rincones. Todavía tardarán varios minutos en aceptar que la zamarra ha sido robada.

Los ojos azules se abren. La mirada gris se posa en los ojos de Ignecio.

–Imagínate que estás en un juicio. Eres un perito. El fiscal te pregunta si crees que siempre he sido un loco. ¿Qué dirías, si o no?

–Siempre has sido demasiado racional, Toñito. Por eso te digo que lo dejes. No le des más vueltas. Emborráchate un poco, líate con alguna guarra, si tienes que pagar, pues pagas, pero olvídate de Sara.

–Ya me gustaría.

–¿Entonces por qué no lo haces? Tuviste una percepción rara el día que desapareció. Bueno, tampoco es para tanto. Yo soñé una vez que volaba, y al despertarme descubrí que me había cagado en la bañera del hotel. ¿Y sabes lo que hice? Cogí la ducha y lo limpié. No escribí un libro sobre la experiencia, ¿entiendes? Se fue por el agujero. Fin de la historia.

El hombre gris sonríe amargamente, se separa de su amigo. Se apoya sobre la barra con gesto de cansancio.

–Desde entonces he leído mucho en sitios de santería en Internet. Dicen que algunas personas con dones especiales pueden llegar a hacerse invisibles. Es una especie de intercambio con el Demonio. Algo parecido a lo de Fausto, pero Yoruba. Mira, ya se que suena a coña, yo sólo quería avisarte.

Las manos del hombre gris, como dotadas de vida propia, encienden otro cigarrillo. La boca chupa. El amigo observa atónito. Su capacidad de argumentación está desbordada. La mano va y viene de la boca, que chupa y chupa para sacar todo el humo que estaba escondido en el cigarrillo. Una pierna salta insistentemente, electrocutada por la tensión interna del cuerpo. La mano que no fuma seca insistentemente un sudor imaginario, porque las puertas están abiertas y hace frío en el pub.

–Durante un tiempo no pasó nada. Yo volví al trabajo y traté de recuperar el ánimo. Por aquel entonces todos me llamabais. Quedabais conmigo para distraerme. Os lo agradezco mucho, siempre os lo agradeceré. Yo no estaba bien, pero podía disimularlo con cierta eficacia. Luego empecé a pensar que me fallaba la memoria. Los primeros días había tomado lexatin y le echaba la culpa a eso, a eso y al vino. Bebía mucho porque me tranquilizaba. El caso es que perdía toda clase de cosas. Mi casa es grande, ya lo sabes, pero no tan grande como para que una persona no pueda metérsela en la cabeza. ¿Me entiendes? Primero fue una camisa. Luego unos pantalones. No había manera de encontrar nada en su sitio. Buscaba sin resultado en todos los rincones en que podría estar, pero aparecía unos días después en un lugar insospechado. La ropa aparecía en el fondo del cajón de los cubiertos, los cubiertos entre los devedes, un zapato en la estantería, el libro en la caja de las herramientas. Una noche me desperté y la oí respirar. Conozco su respiración. Era ella. Me quedé petrificado un buen rato, quizás diez minutos. La oí respirar, la oí moverse, entonces encendí la luz de improviso. Naturalmente en la habitación no había nadie más que yo. No había nadie, o yo no podía ver a nadie. Esa noche ya no volví a escuchar nada. No sabes el miedo que se pasa. Es un terror abrumador

porque toda tu vida se pone del revés. Todo lo que crees tener claro ya no lo está. ¿Cómo es posible que ocurran esas cosas? ¿Dónde van a dar nuestras certezas? La ciencia, la evidencia racional, todo se tambalea. Esa noche ya no pude dormir más, claro. Desde entonces muy duermo poco, cada vez menos. Luego vuelve a salir el sol. Con la luz del sol las cosas cambian. Las formas oscuras de tu cuarto ya no te asustan tanto y crees que quizá te estás volviendo loco. Me fui a ver a un psiquiatra. Me miraron, me dieron calmantes, me dieron pastillas para dormir, lo normal. Pero me dijeron que no tenía nada. Una leve psicosis pero nada orgánico. No soy esquizofrénico. Me hicieron pruebas y no encontraron ninguna evidencia de delirios. Carezco totalmente de rasgos paranoides. En mi situación incluso la psicosis la consideraron normal. Durante un tiempo me sentí mejor. Dormía relativamente bien. Pero una noche soñé que estaba en Cuba. En los jardines del Hotel Nacional, tomando el sol junto a la piscina. Tenía los ojos cerrados y Sara se estaba bañando. La oí volver y se acercó a mí hasta tapar el sol con su cuerpo. La sombra me cubrió y escuché claramente su respiración acercándose. Creí que iba a darme un beso y abrí los ojos, pero descubrí espantado que quien cubría el sol, quien estaba ante mí con su vestido blanco empapado y chorreando sobre las baldosas, era la mujer de la fiesta. Entonces me desperté aterrorizado y volví a abrir los ojos, ya no en el sueño si no en mi cuarto real, pero no vi a nadie, sólo a mí, reflejado en el espejo del tocador, con aquella expresión de espanto que me dio más miedo que la propia pesadilla. Sin embargo la respiración seguía allí. Esa noche no desapareció. Tuve que irme al salón. Me eché en el sofá, pero naturalmente no pude dormir. Al volver del trabajo subí a mi cuarto. Todo parecía normal, pero al llegar la noche, cuando por fin pude reunir las fuerzas necesarias para irme a dormir en aquella habitación, volví a escucharla. La oí llegar y acostarse a mi lado. Desde ese día empecé a dormir siempre en el salón, pero tampoco allí me dejaba en paz. Habíamos comprado la casa principalmente porque ella se encaprichó. No es que a mi no me gustase, pero fue ella la que se enamoró. Desde el primer día en que fuimos a verla ya



no había otra posibilidad. Habíamos visto varias que nos gustaban, pero esa casa las borró del mapa inmediatamente. La casa y quizás, más que la propia casa, el manantial que brotaba en la finca, en el bosquecillo que hay en la parte de atrás de la parcela. Ya te digo que he leído mucho, no sólo sobre santería, también leí sobre ocultismo y cosas de esas. Por lo visto, los manantiales siempre han sido lugares propicios para las apariciones, para las damas del bosque y para toda clase de espíritus. Ya en la primera visita, Sara se quedó fascinada con aquel lugar. La verdad es que era muy bonito. ¿Te acuerdas? Oculto entre los árboles, con aquellas piedras cubiertas de musgo, con los helechos reales. Siempre con aquel ambiente húmedo, incluso en el verano. Pensé que quizá ella, o su espíritu o lo que fuese, estaba ligado de alguna manera a aquel lugar, a la casa o al manantial, así que la vendí. Si, vendí la casa y me fui a vivir a un apartamento enano en la ciudad. Durante unos meses pude dormir y trabajar tranquilo. Por esa época ya no veía a nadie. Salía de trabajar y me iba al cine, o a cenar sólo. No podía relacionarme con la gente. No es fácil salir a tomar una copa con los amigos y contarles que te persigue el espíritu de tu mujer, que ellos creen muerta, y mucho menos explicarles que en realidad no ha muerto, si no que se ha hecho invisible, ¿entiendes? Poco a poco empezaba a encontrarme mejor, empezaba a tener la suficiente presencia de ánimo para intentar olvidar lo que me había ocurrido. Las cosas incomprensibles no se pueden superar. Lo único que hemos hecho siempre los hombres con esas evidencias irracionales es olvidarlas. Las enterramos en el subconsciente y las dejamos aflorar como válvulas de escape. Es mejor así, de otra forma te juro que la vida se hace insoportable. Vivía con cierta monotonía porque buscaba precisamente eso, la realidad simple y monótona en la que siempre había creído. Pero una tarde, justo antes de cerrar, una carta que había apoyado verticalmente en un estante se cayó hacia delante, como si alguien la hubiese golpeado por detrás. El cliente miró la carta sin darle importancia, pero yo sabía lo que aquello significaba. El pobre desgraciado me miraba desde detrás de su bigote ignorando lo que yo sabía. Me preguntó si

me pasaba algo. Me dijo que estaba muy blanco. Tenía motivos para estarlo, porque sabía que ella me había vuelto a encontrar. Pedí una baja y estuve tres días pensando que debería hacer. Por algún motivo no pudo seguirme hasta mi nueva casa. Decidí solicitar el traslado. No volví a trabajar hasta que me lo concedieron. Ahora estoy mejor. No he vuelto a tener contacto con ella desde que me marché de aquí. Supongo que no se pondrá a buscar por todas las oficinas de correos hasta encontrarme. Tampoco se lo que quiere. Nunca intentó comunicarse conmigo, o al menos yo no percibí nunca esa intención.

El hombre gris recoge su abrigo de la barra y se lo pone. Rodea a su amigo con el brazo, invitándolo a dirigirse hacia la salida. El hombre llamado Ignacio parece un autómatas. Su expresión consternada es muy elocuente. Su semblante está oscurecido por un silencio abrumador, explícito como una confesión, que subraya su incapacidad de responder a ese discurso aparentemente demencial. El hombre gris sigue fumando, pero su rostro denota algún signo de recuperación, como si la oscuridad que anida ahora en el rostro del grandullón que lo acompaña, hubiese salido de él, permitiéndole respirar con más profundidad. Tira la colilla al suelo y la pisa concienzudamente, deteniéndose, antes de levantar la vista para mirar a los ojos del otro.

—Me fui hace año y medio y nunca había vuelto a esta ciudad. Si me arriesgué a volver fue para avisaros. La persona que mantenía una relación más íntima con Sara, además de mí, era tu mujer. Pensé que al no encontrarme, podría intentar buscarla a ella.

El alto sigue consternado, pero la idea le parece cómica. Se le escapa una sonrisa estrecha, avergonzada. Como si no quisiera ofender a su amigo demente. El viento agita la copa de un árbol plantado en medio de la plaza. Los pocos borrachos que todavía no han bebido lo suficiente deambulan por allí. Alguno canta. Un camión de la basura se acerca, con su sinfonía de ruido, desafinando.

—No te preocupes, Toño. A nosotros no nos ha molestado. ¿Quieres ir a tomar la última a algún lado?

Menea la cabeza y enciende otro cigarrillo. Mira a su

amigo incrédulo. Suspira. Trata de recordar donde dejó el coche.

–Me vuelvo a casa. No quiero tentar la suerte. Tendré que conducir toda la noche.

El hombre gris se aleja. El alto no se atreve a pedirle que no lo haga. No se atreve a invitarlo a dormir en su casa esa noche. Incomprensiblemente le asusta esa idea. El hombre gris se da la vuelta. Sus ojos azules parecen grises en la oscuridad.

–Llama a tu mujer. Asegúrate de que está bien. Ya se que suena a desvarío, pero hazme caso. Lo mío también empezó por una llamada sin respuesta.

Se da la vuelta y continúa alejándose. Una silueta que se empequeñece poco a poco antes de desaparecer tras una esquina.

El hombre alto resopla. Se rasca la cabeza. Sigue allí, perdido en medio de la acera como una planta arrancada de su maceta. Por fin saca el móvil del bolsillo y marca el número de su mujer. Escucha el timbre sonar una, dos, tres, siete veces. No hay respuesta. Supone que se lo habrá dejado en silencio, pero no puede evitar que la piel se electricice, que los vellos se le pongan de punta. El camión de la basura ha llegado a su altura. Las bolsas sueltas vuelan hacia la prensa giratoria del camión donde son aplastadas, comprimidas, estrujadas como almas aprisionadas en un muñeco de Vudú. El ruido es insoportable. El hedor también. Es el infierno. Los demonios suben al estribo y se alejan. Entonces decide llamar al fijo. A esa hora, su mujer tiene que estar en casa. Llama, llama, llama. El terror ha caído sobre él como una avalancha de nieve, aplastándolo. Apenas puede respirar. Comienza a correr hacia su casa, presa de un pánico desconocido.